

irritó al Espartano, que se unió á Nectanebo, primo y enemigo de Taco, y lo colocó en el trono. Despues, regresando con la suma de doscientos cincuenta talentos, murió, asaltado por una tempestad en las costas de África. Agesilao fué el hombre mas grande de Esparta, despues de Licurgo, y tan valiente en la guerra como sencillo y benigno en la paz. Encontrado un dia por un embajador entreteniéndose con sus hijos cabalgando sobre una caña, siguió adelante diciendo al extranjero: *No habléis palabra de esto hasta que seais padre.* Hacía colocar su tienda en los bosques sagrados, para que, según decía, fuesen los dioses testigos de todas sus acciones; con lo cual mostraba tener una idea muy material de los dioses, creyendo acaso que fuera de su recinto podía el hombre honrado obrar como le pareciera.

La última guerra había hecho que ni Tébas ni Esparta consiguieran la primacia, habiendo esta perdido á Mesenia, y aquella á sus generales. Hallábanse entrambas postradas por sus esfuerzos extraordinarios; de manera que se había restablecido el equilibrio, pero sin vigor, y renovado la paz, pero sin seguridad. Aténas se conservaba aun fuerte en lo exterior por medio de su marina, pero dentro estaba desgarrada por su delirante democracia y desenfrenadas costumbres, que la hacían sospechosa ó ingrata á toda virtud, así como esclava de quien lisonjearse sus perversas inclinaciones.

Por tales medios se enalteció Cáres, hombre oscuro, de formas gigantescas, de maneras y palabras violentas, puesto por el favor popular á la cabeza del ejército, y de quien decía el generoso y valiente Timoteo, que apenas era digno de conducir el bagaje. Este tal gastó sesenta talentos en banquetes para el pueblo; y despues para llenar el vacío hecho en el erario, propuso á los Atenenses el saqueo de los aliados y de las colonias. Para evitarlo, estas se sublevaron; la escuadra ateniense mandada contra Chio, foco de la insurrección, fué derrotada; y no pudiendo el valeroso almirante Cabrias salvar el honor de otra manera, se arrojó al mar. 338. Sámos y Lémnos, fieles á Aténas, fueron saqueadas; Bizancio se resistió á las naves atenienses, porque Cáres hacia inútiles los buenos consejos de Ificrátés y de Timoteo, los cuales sostenían el antiguo decoro, y aun los acusó ante el pueblo que los condenó á una multa enorme. 334. Ificrátés, diciendo: *Muy loco sería si sabiendo hacer la guerra en favor de los Atenenses, no supiese ahora hacerla en favor mio,* armó de puñales á una turba de jovencuelos, con los que se hizo absolver; y despues desterrándose voluntariamente, murió en la oscuridad en Tracia.

Timoteo, hijo de una cortesana casada despues con Conon, se vió protegido en el tribunal por Jason, rey de Tesalia, y Alcétas, príncipe de los Molosos, que acudieron expresamente á Aténas para este efecto; y no teniendo en su casa ni lechos, ni vasos, ni tapices para recibirlos deco-

rosamente, á la caída de la noche tuvo que enviar á pedir prestada á sus amigos una mina (90 francos) para hacer la comida. Amintas, rey de Macedonia, oyendo que quería edificar una casa, le envió el maderamen, y ni aun pudo pagar el transporte. Pero enriquecido despues excesivamente, auxiliando en Egipto al rey de Persia, llegó á ser uno de los ciudadanos mas opulentos, y demostró con su conducta cuán sin recato andaba en Aténas la inmoralidad. Para no ser castigado huyó, y anduvo errante hasta que murió en Lémnos. Así, uno despues de otro iban desapareciendo de la escena los héroes, para dar lugar á un órden enteramente nuevo de personas y de acontecimientos.

Cáres, árbitro ya de la república, vió á Coos y Ródas subyugadas por aquel Mausolo, rey de Caria, que se hizo famoso por los honores fúnebres que le tributó su mujer Artemisa. Despues, no teniendo medio de satisfacer su paga á los soldados ni las exigencias de su propio lujo, se puso con todo su ejército á sueldo de Artabazo, sátrapa de la Jonia, rebelado contra el gran rey. Pero Artajerjes III, prevaleiéndose de la ocasion, domó al rebelde y obligó á Aténas á aceptar un tratado de paz, en que reconocía la libertad de las provincias griegas insurrectas, quedando estas por lo tanto libres del tributo. Así, las humillaciones exteriores y la corrupcion interior allanaban el camino á Filipo, rey de Macedonia, para dominar la Grecia.

## CAPÍTULO XVIII

### Los Macedonios.

De la parte de allá de la Grecia Septentrional, despues del Epiro y de la Tesalia, se encuentra la Macedonia ó Emacia, separada al Norte de la Misia Superior por los montes Escardo y Orbelo (*Argentorato*); al Levante de la Tracia por el Pangeo (*Castagnati*); y por el Pindo y el Olimpo de la Tesalia. Estos, el Emo y el Atos (*Monte-santo*) son sus principales montes, y entre sus ciento cincuenta ciudades merecen mencionarse Estagira en el golfo Estrimonio, patria de Hiparco y de Aristóteles; Tesalónica (*Saloniquio*), Anfipolis y Filípos, célebre por la batalla en que se decidió la suerte de la libertad romana; Pella (*Palatiza*) que despues de Edesa (*Vedina*) fué la capital; Égeo y Olinto. Se dividía en los tres territorios de Pieria, de Pangeo y de la península Calcídica; el Golfo Termáico y el Estrimonio y los senos Torónico y Singítico le facilitaban la navegacion; y en el puerto de Dirraquio fondeaban los buques procedentes de Italia.

El clima era rígido como en país montuoso y abundaban en oro y plata sus montañas. La poblacion, como la del Epiro y la de Iliria, parece que era una mezcla de los Pelasgos con los Escitas, perteneciente en suma á la estirpe dórica que permaneció en la patria cuando las otras salieron. Otras muchas colonias llegaron

470. allí de otras partes; una ateniense fundó á Anfipolis; y otra de Calcís en la Eubea edificó á Calcís, que se sometió despues á los Atenenses, rebelándose luego, por lo cual tuvieron los Griegos que trasladarse á Olinto. Esta última en medio del Golfo Torónico, fundada, decían, por Olinto, de la raza de Hércules, alcanzó algun poder entre las otras, aunque siendo siempre tributaria de Aténas; tomando parte en tal concepto en la guerra entre esta y Esparta, hasta que Filipo la sojuzgó.

Potidea, situada en el istmo que une la Calcídica á la península de Pallene, era colonia de Corinto, de donde recibía anualmente sus magistrados; y despues de la guerra pérsica se hizo tributaria de los Atenenses; pero habiéndose rebelado, expulsaron estos á sus habitantes, reemplazándolos con gente de sus país.

431. La principal colonia fué la de Argos, conducida por el heráclida Teménides, que situándose en la Emacia asentó los cimientos del reino de Macedonia. No solo se sostuvo esta colonia en el territorio donde se había establecido, sino que llegó á aumentarle; mas la historia de sus primitivos reyes, ó mejor dicho, de los jefes de aquella aristocracia dórica, es oscurísima. Cuéntanse entre estos Cerano, que reinó 28 años, Cheno que ocupó el trono 27, Tírmas que dominó 45, Pérdicas que reinó desde el año 695 al 647, Argeo que murió en 640, Filipo I, reinante hasta el 603, Erope hasta el 556, Alcétas hasta el 538, y cuyas empresas es inútil investigar, cuando hasta en los hombres mismos hay confusion. Debieron aquellas sin embargo reducirse á guerras de vario éxito con sus vecinos, en especial con los Pierios y los Ilirios que tenían caudillos propios.

Parece que el dominio de los Macedonios abrazaba solamente los países de la Emacia, de Migdonia y de la Pelagonia, aun cuando poseían como tributarios otros principados. La autoridad del rey de los Macedonios estaba limitada por los privilegios feudales de los grandes, los cuales no supieron olvidar sus antiguas franquicias ni aun en la época mas gloriosa para su país. Los reyes, primeros entre sus iguales, no usaban de pompa; su único distintivo era la armadura, y cualquiera podía saludarles, besándoles en la frente. Los Macedonios, sobrios en su vida privada, espléndidos en las festividades, tenían muchas mujeres y concubinas; no admitían á los banquetes solemnes al jóven que no hubiera muerto un jabalí con su lanza; excluían de ellos á las mujeres; y jay del que refiriese fuera del banquete alguna cosa dicha en él! En las solemnidades nupciales partían con la espada un pan, y daban mitad á la esposa y mitad al marido. Semejantes todavía á los héroes de Homero, bebían hasta la embriaguez; se entretenían en juegos guerreros; en el ejército formaban un consejo político y militar, y se juzgaban entre sí, pues su constitucion militar estaba ligada con la civil.

Los Persas, cuando se dirigieron hácia la Europa, encontraron primeramente la Macedonia,

que Darío Histáspes sometió á un tributo. Debiéronlo pagar Amintas, que murió en 496, y Alejandro I, su hijo, que murió en 452; el cual por lo tanto se vió obligado, como los demas vasallos, á acompañar á Jérges en su expedicion contra la Grecia. Mas las victorias de esta libertaron á la Macedonia de semejante carga (1).

408. Dos enemigos de valía se le alzaron sin embargo: los Tracios, que en tiempo de Sitálces y Jéntes, su sucesor, formaron el poderoso imperio de los Odrisios; y los Atenenses, que hechos fuertes por mar, redujeron á vasallaje las colonias situadas en las costas macedónicas. Desde esta época los Macedonios se vieron complicados en los negocios de los Griegos; que hasta entónces los habían mirado como bárbaros. En efecto, aunque de la misma sangre, no habían participado de la civilizacion helénica, y eran para los Griegos lo que hace un siglo los Moscovitas para la Europa; pero precisamente también, como los Moscovitas respecto de la sociedad europea, no perdonaban ellos medio para introducirse en la sociedad helénica.

Comenzaron los Atenenses por sostener á Filipo contra Pérdicas II, su hermano, el cual por venganza rebeló contra ellos á Potidea, como hemos visto, obligando á los Griegos de Calcís y de las ciudades vecinas á refugiarse en Olinto. Potidea sucumbió al fin; pero Pérdicas se manejó tan diestramente en la guerra peloponesiaca que estalló entónces, que logró engañar á los Atenenses, al tiempo mismo que evitaba el peligro con que lo amenazaban los Tracios,

(1) La Macedonia no tiene historiadores propios; dan noticia de ella Herodoto, Justino, Tucídides, Arriano, y mas aun Diodoro Siculo, que, como Justino, se apoya en Teopompo. Con relacion á Filipo son bastante importantes las arengas de Esquines y Demóstenes, para el que sepa corregir su espíritu de parcialidad. Respecto de Alejandro, ademas del lib. XVII de Diodoro, Plutarco conservó muchas anécdotas, pero tanto él como Cornelio son demasiado lejanos y poco verídicos. Mejor es Arriano, juiciosísimo en la eleccion de autoridades en que se apoya. A Quinto Curcio lo creo muy inexacto; y de todos modos es demasiado moderno é ignorante de las costumbres, de los sitios y de los hechos; así es que coloca el Tanais al otro lado del Mar Caspio; dice que el Ganges viene del Mediodía, y torciendo al Oriente, desemboca, como el Indo, en el Mar Rojo, que está al Occidente; sitúa á Ora junto á las fuentes del Indo; confunde el Tauro con el Cáucaso, el Yaxártes con el Tanais; el desierto donde tantos trabajos se pasaron no es para él mas que una marcha de tres jornadas; la inmensa Babilonia apenas ocupa 90 estadios (*per nonaginta stadia habitatur*); y empequeñece á su héroe queriendo engrandecerlo, como cuando le hace escribir á Darío que el mundo no puede contener dos soles, etc., etc.

En cuanto á los modernos, ademas de las historias generales, pueden verse:

OLIVIER, *Hist. de Filipo Macedonio*, 1740, 2 tom. (en frances); apologia de Filipo.

Mas imparcial aunque árido es LELAND, *Hist. de la vida y del reinado de Filipo* (en inglés.) Lóndres 1761.

SAINTE-CROIX, *Exámen critico de los antiguos historiadores de Alejandro de Macedonia*; edicion I de 1775; II muy aumentada de 1804. Paris (en frances).

COUSINERY, *Viaje á la Macedonia, que contiene investigaciones sobre la historia, la geografia y las antigüedades de aquel país*, (en frances). Paris 1851.

HEEREN, *Com. y política de los pueblos antiguos*.

L. FLATHE, *Gesch. Macedoniens und der Reich, welche von macedonischen Königen beherrscht wurden*. Leipzig 1832.

F. BRUCKNER, *König Philipp Sohn Amyntas und Staaten ellen*. Göttinga 1837.

DROSYEN, *Geschichte Alexander des Grossen*. Berlin 1838.

Pérdicas II.  
452.



casando á su hermana con Jétes, heredero de aquel reino. Declarándose despues por los Espartanos, perjudicó no poco á los Atenenses, que perdieron á Anfipolis, y que debieron mirar como una fortuna su reconciliacion con él.

34. Mas que la astucia de Pérdicas, contribuyó á la prosperidad del reino de Macedonia la prudente política de Arquelao, que civilizó á sus pueblos, avivados por las guerras anteriores, abriendo caminos, fortificando plazas, llamando literatos á su corte, y favoreciendo las artes de Grecia. Este era otro artificio para introducirse entre los Griegos; así como el de Amintas cuando pidió el título de ciudadano de Atenas por haber destruido un cuerpo de Persas despues de la batalla de Platea, y como el de Alejandro I cuando solicitó ser admitido á las solemnidades nacionales de Olimpia por miramiento á Hércules, padre comun de los Dorios. Era tambien un medio político, porque los reyes esperaban aumentar su propia preponderancia ennobleciendo á aquellos feudatarios. En breve, asesinado Arquelao, excitó graves turbulencias la sucesion, mal determinada por las leyes, y ambicionada por muchos pretendientes, sostenidos por ciudadanos y extranjeros. Eropo, tutor del jóven Orétes, usurpó su herencia; y muerto él y asesinado Pausánias, su hijo, Amintas II (ó III), sobrino de Pérdicas, venció en una batalla á Argeo, hermano de Pausánias, sostenido por los Ilios, y se sentó en el trono. Solo la poderosa ciudad de Olinto no quiso sometersele; pero habiendo acudido al auxilio de los Espartanos, la sujetó á la fuerza, imponiéndole durisimas condiciones.

Amintas dejó tres hijos, Alejandro, Pérdicas y Filipo; el primero de los cuales, para suceder á su padre, se valió del Tebano Pelópidas, expulsando á su rival Tolomeo Alorites y dando en rehenes á los Tebanos á Filipo, su hermano menor, que se educó en la casa y con los ejemplos del grande Epaminondas. Pero en el mismo año Tolomeo lo arrojó del trono, y gobernó bajo pretexto de conservar el reino á los dos hijos menores, segun le habia impuesto por condicion Pelópidas. Pérdicas III, no pudiendo sufrir su usurpacion, le quitó la vida, y los Atenenses, guiados por Ificrates, le ayudaron á triunfar del nuevo pretendiente Pausánias. Medio siglo de desórden parecia deber llevar á su precipicio á la Macedonia, que en efecto quedó sometida á un tributo por los Ilios, combatiendo contra los cuales murió Pérdicas.

360. Sabedor de esto Filipo huyó de Tébas, donde se hallaba en rehenes, so pretexto de tomar el gobierno como tutor del niño Amintas, sobrino suyo, pero en realidad para ejercerlo por su propia cuenta. En los veinticuatro años que dominó, elevó la Macedonia al primer grado de esplendor; y si no demostró haber aprendido de Epaminondas la moralidad y la rectitud, es tan digna de admiracion quanto instructiva la constante prudencia con que supo concertar y reducir á práctica sus designios; y entre obs-

táculos que hubieran quebrantado la voluntad mas resuelta, dirigirse al colmo de su elevacion, sin dejarse deslumbrar por ella.

Ante todo, tuvo que defender la corona contra dos pretendientes, Argeo y Pausánias, favorecidos por los Tracios y los Atenenses, perpetuos enemigos del progreso macedónico. Filipo, despertando el valor de los suyos, derrotó á Argeo, compró de los Atenenses la paz con el reconocimiento de la libertad de Anfipolis, y entró en acomodamientos con los Tracios; de modo que Pausánias, abandonado, se vió en la necesidad de desistir de sus pretensiones.

Entónces, á ejemplo de Epaminondas, instituyó la falange, cuerpo de seis á siete mil hombres de diez y seis en fondo, armados de lanzas ó picas de veintium piés de largas. Las astas de las cinco primeras filas eran de longitud proporcionada, para que enristradas sobresaliesen todas igualmente; de modo que opinian al enemigo cinco veces mas puntas que habia hombres en el frente. Desde la sexta hasta la última fila se apoyaban las lanzas en los hombros de los guerreros de la fila anterior, presentando así un muro impenetrable. Esta masa inerte era exuberante en fuerza; pero aunque perjudicial cuando tuviese que obrar contra una táctica mas ágil, como la de la legion romana, servia de mucho para destrozarse las innumerables y débiles turbas asiáticas; ademas de que se podian agregar á ella los reclutas el mismo dia en que llegaban al campo, y ser en cierto modo guiados por los soldados viejos. Usaban tambien los de Filipo un escudo grande que cubria todo el cuerpo; tenian espadas que herian de punta y de tajo como las romanas, pero mas dificiles de manejar, llevando ademas cada uno sus utensilios y tienda de cuero, suficiente para dos, que, en caso de necesidad, servia para pasar los rios. De esta manera, combinando el valor con la disciplina que lo guia y protege, se aseguró Filipo la superioridad sobre los bárbaros; y cuando los Macedonios, teniendo necesidad de un hombre y no de un niño, lo aclamaron rey, sometió á los Peonios, derrotó á los Ilios, á quienes los suyos no se atrevian á mirar de frente, mató á su rey Bardilides con mas de siete mil hombres, y dilató sus dominios hasta los confines de la Tracia, y al Occidente hasta el lago Licnitis.

363. Pero la dificultad consistia en evitar las consecuencias de los zelos que sus ventajas excitaban en los Atenenses y en las colonias griegas confinantes, y con especialidad en Olinto; y allí en efecto manifestó la habilidad de un consumado diplomático, teniéndolos á raya y suavizando con buenas palabras la amargura que les ocasionaban sus malas obras. Someter las ciudades griegas situadas en territorio de Macedonia debia ser su primer intento; con lo cual, mientras daba á su país unidad y consistencia nacional, alejaba mas y mas á los extranjeros envidiosos. Cayó en su poder Potidea y la restituyó, no bien los Olintios lo reclama-

ron; pero al mismo tiempo, mostrándose pródigo en promesas con los Atenenses, logró adormecerlos y ocupó á Anfipolis; teniendo así en su poder todo el país que se extiende entre el Nesto y el Estrimonio, y lo que era mas importante, las minas del Pangeo en Tracia, que rendian mil talentos por año. Porque para Filipo el oro era instrumento no ménos eficaz que la espada y el engaño, y solia decir: *No hay fortaleza que resista si puede entrar en ella una carga de oro* (\*). Añadia que *la gloria de un combate la dividia con sus soldados, pero que la de una estratagema era toda suya*. Por su parte la Pitonisa le habia dicho: *Combate con el oro, y todo lo vencerás*.

¡Vencer á la Grecia! ¡Cuánto debia lisonjear la vanidad de Filipo este pensamiento! ¡Cómo debia animarlo el haber visto á Epaminondas derrotar con gente nueva á la principal potencia helénica! Y en su sagacidad no dejaria de considerar á la Grecia muy oportunamente dispuesta para sus ambiciosos designios.

La primitiva division entre los Dorios del Peloponeso y los Jonios del Ática, de la Eubea y de las islas continuó siempre manifestándose, recordándola á cada paso la diversidad del dialecto y la diferencia todavia mayor de las costumbres, principalmente respecto de las mujeres, que entre los Dorios participaban de la vida pública, y entre los Jonios estaban limitadas á sus gineceos. Esparta aspiraba á figurar á la cabeza de los Dorios, y sus instituciones eran precisamente contrarias á las atenienses. Tambien en las colonias se hostilizaban las dos tribus, y en la guerra de los Siracusanos contra los Leontinos, tomaron parte por los primeros todas las ciudades dóricas de Sicilia, y por los otros las jónicas.

Estallaron estos rencores en la guerra del Peloponeso, cuyos efectos experimentaron todas las ciudades, en las cuales aristócratas y demócratas vinieron á las manos, apoyados aquellos por Esparta y estos por Atenas. Y no solo se rompieron los lazos entre los Estados y los ciudadanos, sino tambien entre los hombres y los dioses; pues se puso en duda la verdad de los oráculos, se saqueó á Delfos para ocurrir á los gastos de la guerra, y se introdujo la costumbre de hacerla con tropas mercenarias.

Los sucesos de aquella guerra demuestran principalmente cuán errada es la opinion de los que consideran el consejo anfictiónico como una asamblea federal, y cuán inútil era este consejo para mantener la unidad; pues que en el curso de toda la historia de aquellos sucesos ni siquiera una ocasion encuentra Tucídides de nombrarlo. Obedeciásele en materias religiosas, como en la tocante á las profanaciones del templo de Delfos, pero no en lo demas; así es que los Espartanos, condenados por él á la multa de

(\*). Segun otros, sus palabras eran: *No hay fortaleza inexpugnable si puede llegar hasta ella una mula cargada de oro.*

(N. del T.)

cinco talentos por la sorpresa de Tébas, se negaron á pagarla.

Los Estados de Grecia tenian, pues, entre sí mas bien un derecho público exterior que un derecho social interior; desconfiando unos de otros, aunque adversarios todos del que no pertenecia á la nacion helénica; no concibiendo la union recíproca y necesaria contra los enemigos sino bajo una preponderancia que acababa en tiranía. Habíase ejercido esta primero por Atenas, despues por Esparta, interrumpida momentáneamente por las victorias de los Tebanos; y el genio nacional, y la coexistencia de razas heterogéneas en un mismo suelo, producian la general flaqueza y la conviccion de que era imposible constituir en Grecia una sociedad civil mas elevada que el Comun y la ciudad.

Epaminondas, Agesilao, Cábricas, Timoteo, Ificrates y Jenofonte habian muerto; no habia quien por su patriotismo ó por sus señalados servicios fuese capaz de concentrar las fuerzas de las segregadas repúblicas. Los Espartanos habian perdido la primacia y las costumbres; ya no asistian á los frugales banquetes comunes, ó se contentaban con probar algun plato; y mientras que antes no habia sino bancos de madera, en los que se sentaban una sola vez durante la comida, á la sazón alfombras y cojines adornaban los triclinios, y estos eran de tan diversos tejidos, recamados tan ricamente, que los convidados no se atrevian ni aun á apoyar en ellos el codo (1); á lo cual se agregaban el lujo en los vasos, la multitud de manjares, los perfumes, los vinos y pomposos festijos.

« Nuestra ciudad, dice Isócrates, en tiempo de la guerra meda, era tan superior á la de hoy, cuanto Temístocles, Milciades y Aristides á Hiperbolo, a Cleon y á esos otros que con su charla agitan al pueblo. Gran vituperio merecen nuestros mayores por haber tripulado nuestros buques con los vagos de toda la Grecia, hombres capaces de cualquier delito, y que nos han hecho odiosos á los ojos de todos los Griegos. Lo extraño es que mientras se hacia salir de la patria á las mejores ciudadanos, se llamase á la hez de la Grecia. No parece sino que nuestros podres ponian en juego todos los medios de hacerse odiar. Así se decretó que en las fiestas de Baco se llevasen solamente y separadamente en procesion los talentos sobrantes, procedentes del tributo de los aliados. El decreto se cumplió; se hizo en el teatro ostentacion de estas riquezas al tiempo mismo que se presentaban al pueblo los huérfanos de los guerreros muertos en el combate. De modo que los aliados tenian á la vista los tesoros ganados con tanto trabajo y entregados profusamente á los mercenarios, en tanto que daba lástima á los otros Griegos el aspecto de los huérfanos que recordaban los males ocasionados á la patria por la ambicion y la avaricia... Demasiado tarde se vió que las se-

(1) Ateneo, IV.



» pulturas públicas se tragaban á todos los ciu-  
» dadanos, y que las inscripciones llenaban las  
» curias y los registros de hombres extraños á  
» la patria. Las familias de los hombres mas  
» grandes, las casas mas ilustres que sobrevi-  
» vieron á las agitaciones interiores y á las  
» guerras pérsicas, perecieron por causa de la  
» ambicion de primacia que nos arrastró á las  
» últimas guerras. Si de lo que sucedió á las fa-  
» milias conocidas se deduce lo que experimen-  
» taron las oscuras, se convencerá cualquiera  
» de que nuestra poblacion se ha renovado casi  
» enteramente. Pero el elogio mas justo de una  
» república no consiste en reunir á la ventura  
» una grande poblacion de elementos diversos,  
» sino en conservar y perpetuar la estirpe de sus  
» primeros habitantes... Hacemos la guerra á  
» casi todo el mundo, y sin embargo, no nos  
» agradan los trabajos de la guerra; reclutamos  
» á aventureros sin patria, ó emigrados llenos  
» de maldades, persuadidos de que con igual  
» facilidad se volverian contra nosotros si al-  
» guno les ofreciese mayor sueldo. Nos rubori-  
» zariamos si nuestros hijos ejecutasen acciones  
» de que nosotros hubiéramos de dar cuenta;  
» y cuando se trata de las rapiñas y violencias  
» de estos mercenarios, parece que las escucha-  
» mos con gusto. Tan locos estamos, que no  
» pudiendo satisfacer nuestras propias necesi-  
» dades, mantenemos una turba de extranjeros,  
» desangrando para ello á los aliados. Nuestros  
» abuelos, en épocas en que habia oro y plata  
» en abundancia en la ciudadela, creían deber  
» aventurar su vida para ejecutar lo que habia  
» resuelto la asamblea del pueblo; hoy hemos  
» llegado al extremo de que por mas que abunde  
» la gente en nuestra ciudad, no nos hemos de  
» valer mas que de tropas mercenarias, á ejem-  
» plo del rey persa. Hubo un tiempo en que  
» cuando se armaban escuadras, los remeros y  
» la chusma eran extranjeros ó esclavos, mas  
» los hoplites eran ciudadanos de Atenas; ahora  
» cuando se desembarca en tierra enemiga, se  
» observa el espectáculo singular de que los que  
» aspiran al imperio de Grecia bajan de los ban-  
» cos de los remeros, pues que los peligros de  
» toda empresa están abandonados á la gente de  
» que vamos hablando. Los mismos Espartanos  
» ofrecen el ejemplo de los estragos que causa  
» la ambicion; y el cambio que en ellos se  
» nota, ha impuesto silencio á los que solian  
» alabarlos, y atribuir nuestros defectos á la  
» democracia. Segun la opinion de estos panegi-  
» ristas, los Espartanos, señores ya de la Grecia,  
» iban á hacer la felicidad de esta y la suya  
» propia; y sin embargo, sufrieron ántes que  
» los otros los efectos de los hábitos de mando.  
» Su república, que por espacio de setecientos  
» años no habia padecido conmociones interio-  
» res, quedó repentinamente de tal modo sub-  
» vertida, que le faltó poco para no verse arrui-  
» nada por completo. Los ciudadanos, en vez  
» de seguir sus severas costumbres, se entre-  
» garon á la injusticia, á la pereza, á la arbi-

» trariedad, y á la avaricia; no hicieron caso de  
» sus aliados, se apoderaron de los bienes aje-  
» nos, y olvidaron ó despreciaron juramentos y  
» tratados. Ávidos de guerras y de peligros, ni  
» conocieron amigos ni bienhechores. En vano  
» les suministró el rey de Persia mas de cinco  
» mil talentos; en vano Chio los auxilió con su  
» escuadra mas que ningun otro aliado; en vano  
» Tébas los proveyó del mas hermoso contin-  
» gente de tropas de tierra: apenas se declaró  
» por ellos la victoria cuando ya trataron de ar-  
» ruinar á Tébas por medio de la astucia; en-  
» viaron á Clearco y á su escuadra contra el rey  
» de Persia; proscribieron á los principales  
» ciudadanos de Chio, y se apoderaron al propio  
» tiempo de sus bajeles. No contentos con esto,  
» asolaron el continente, oprimieron á las islas,  
» aniquilaron en Sicilia y en Italia las consti-  
» tuciones que mantenian el equilibrio entre la  
» aristocracia y la democracia, y secundaron  
» las miras ambiciosas de los tiranos. El Pelo-  
» poneso fué presa de continuas turbulencias y  
» guerras intestinas. ¿Qué ciudad no fué asalta-  
» da? ¿qué pueblo no recibió alguna ofensa?  
» ¿no quitaron á Elide parte de su territorio?  
» ¿no sequearon el de Corinto? ¿no destruyeron  
» á Mantinea, llevándose consigo parte de sus  
» habitantes? ¿no sitiaron á Fluente? ¿no inva-  
» dieron mil veces á Argos? ¿no estuvieron  
» constantemente ocupados en hacer daño á  
» otros, preparando así la derrota de Leuctra?  
» No fué esta la que hizo odiosos á los Esparta-  
» nos, sino sus anteriores desórdenes. Conquis-  
» taron el imperio del mar presidiendo con jus-  
» ticia á la guerra continental; pero cuando  
» hechos señores, prescindieron de toda mode-  
» racion, perdieron su dominio; ya no se habló  
» mas de las leyes de sus abuelos; se abando-  
» naron las costumbres antiguas, persuadién-  
» dose por último los Espartanos de que no ha-  
» bia mas ley que su voluntad (1). »

(1) De la paz. Puede verse otra comparacion en el *Areopagi-  
ta* de Isócrates, donde trata de ofrecer el ideal de una de-  
» mocracia á la antigua. Demóstenes echa en cara á los Ate-  
» nienses reiteradas veces las virtudes de sus padres, y en la  
» oracion para la distribucion de las compañías, dice: « Ate-  
» nienses: en otro tiempo se pagaban los impuestos por com-  
» pañías, ahora por compañías se rige el Estado; cada cual tiene  
» un orador á la cabeza, que trae consigo un capitán creado por  
» sí y trescientos le guardan la espalda; todos vosotros andáis  
» en pelotones siguiendo á vuestro porta-estandarte; quién es de  
» este, quién de aquel, ninguno de sí propio. ¿Qué fruto sacáis de  
» tales costumbres? Á uno se le erigen estatuas de bronce,  
» otro es el dichoso ó el potente, uno ó dos ciudadanos son mas  
» grandes que la ciudad: todos vosotros estáis dispuestos á dar  
» testimonio de su dicha; y para que no tengáis necesidad de  
» separaros de vuestra querida pereza, abandonáis voluntaria-  
» mente á unos pocos aquella fortuna que es toda vuestra. Con-  
» siderad, por favor, Atenieses, si en tiempo de vuestros mayo-  
» res andaban las cosas de este modo; pues que sin recurrir á  
» hechos extraños, las memorias domésticas pueden servir de  
» ejemplo y de guia. »

» Los Atenieses de aquellos tiempos no renunciaban jamas  
» á tomar parte en ninguna empresa, ni hubo nadie que dijese  
» que la victoria de Salamina fuese de Temístocles, sino de los  
» Atenieses; ni quien atribuyese á Miletales la batalla de Ma-  
» raton, sino á toda la ciudad. ¿Y ahora cómo hablan los mas?  
» Timoteo tomó á Corcira, Ificrates hizo pedazos una escuadra  
» de Lacedemonios; la victoria naval de Náxos fué alcanzada por  
» Cábrías. »

» Comparemos ahora las acciones de vuestros padres con las

El retórico sabia ser alguna vez orador. En efecto, la marineria de Atenas estaba empobre- cida de cuarenta años á aquella parte; ademas de que la sublevacion de los aliados habia dis- minuido muchísimo los ingresos. Tébas, que ha- bia vuelto á caer en su nulidad, se consolaba de ella con pingües banquetes. Entre tantas guerras, gran parte de la juventud se habia ha- bituado á no vivir sino de las armas, y á ven- der su sangre á capitanes vendidos. Así como en el siglo xv en Italia, Carmañola y Braccio da Montone formaron tropas de aventureros, del mismo modo Ificrates habia educado á algu- nos para la guerra como oficio, y sus bandas se ponian al servicio de quien mejor las pagaba. No acostumbrados á trabajo alguno, ni deseosos de otra cosa sino de batallas como ocasion de presa, de accion y de preponderancia, cualquiera que fuese la causa y el éxito, ofrecian un ejér- cito á quien tenia dinero.

El primero que sacó partido de esta situacion para entronizarse fué Jason, tirano de Fères, que dominó toda la Tesalia y que propalaba abiertamente, que era preciso cometer muchas

vuestras, por si acaso tienen poder bastante para conmoveros y sacaros de vuestra actual baja. Ellos, pues, por cuarenta y cinco años de libre y comun consentimiento tuvieron la pri- macia de la Grecia, depositaron en la ciudadela mas de diez mil talentos, erigieron muchos y gloriosos trofeos de batallas terrestres y marítimas, por cuya fama todavía somos honrados é ilustres; trofeos que aquellos hombres valerosos no levanta- ron con el solo objeto de que sirviesen á sus descendientes de estéril admiracion, sino con la mira de que os sirvieran de aguijon para haceros émulos de sus virtudes. Tan grandes cosas obraron vuestros mayores, ¡oh Atenieses! Y vosotros que quedásteis en el palenque de las glorias, casi en una completa soledad, pudiendo campear libremente y sin rivales, decidme, ¿habéis hecho algo que se asemeje á lo que ellos hi- cieron?

» Ciertamente que nos dejaron tan suntuosos edificios, tan magníficas y espléndidas moles, ya de templos, ya de puertos y de otros ornamentos de la ciudad, que ninguno de sus descen- dientes pudo jamas sobrepujarlos. Mirad los muelles, los arsenales, los pórticos y los demas sitios que tenéis delante, y decidme si esto es verdad. Por otra parte aquellos mismos que ocupaban el gobierno de la república, en sus habitaciones par- ticulares eran tan modestos, y hasta tal punto respetaban la igualdad popular, que si buscáis la casa de Temístocles ó de Aristides, de Cimón, de Miletales ó de algun otro de los mas famosos, no encontraréis cosa que la haga mas digna de aten- cion que la del vecino. Ahora, Atenieses, nuestro gobierno cree haber proveído suficientemente á la esplendidez pública con reparar las calles, adornar las fuentes, blanquear las mu- rallas y otras pequeneces semejantes. Libreme el Cielo de que yo trate de reprender por esto á los autores de tales mejoras, no; á vosotros, á vosotros os reprendo, Atenieses, si creéis que con obras tan insignificantes habéis llenado vuestro deber.

» Por otro lado, si miro á los que en cualquier parte admini- stran las cosas públicas, veo algunos de ellos que tienen tales casas que no parecen de un particular, pues que superan á los edificios públicos en extension y en esplendidez; otros labran ó compran al contado tanta extension de terrenos, que en otro tiempo no habria podido abrazarse con la imaginacion ni aun en sueños. La causa de tal diferencia es, que el pueblo en aquellos tiempos era soberano y señor de los ministros y de todas las cosas, y todos se creian dichosos debiendo al pueblo sus honores, sus magistraturas y sus gracias. Ahora por el contrario los árbitros de todos los beneficios son los ministros, todo lo hacen ellos, lo son todo. Y vosotros, som- bra de pueblo, sois considerados como esclavos, como parte superflua del Estado, y debéis tener á gran merced que se dignen concederos alguna insignificante utilidad. De esto re- sulta que las cosas de la ciudad se hallan en tal contradiccion consigo mismas, que si se van á comparar entre sí vuestros decretos con vuestras acciones, ninguno se determinará á creer que aquellos y estas proceden del mismo pueblo. »

injusticias pequeñas para ser un gran justo (1).

Era la Tesalia un país de nobles feudatarios, semejantes á los barones de nuestra edad mé- dia, cubiertos de hierro, caballo y caballero, ri- quisimos por las presas hechas, amantes de los peligros no ménos que de los placeres; tanto que hasta tenian bailes de jóvenes desnudas (2). Con semejantes costumbres es fácil que preva- lezca una familia; y tal sucedió con la de los Aleuadas, descendientes de Hércules. Jason con sutiles arterias se apoderó del supremo dominio de Tesalia, y habiendo robustecido su poder con nuevas tropas, enfrenó á los vecinos belicosos, aterró á la Macedonia, sojuzgó el Epiro, y creyó llegar á ser jefe de todas las fuerzas griegas. No pudiendo conseguirlo, se hizo despues me- diador entre Esparta y Epaminondas, procuró obtener la superintendencia de los juegos pi- tios, y meditaba la conquista de Babilonia cuan- do fué asesinado. Los Tesalios dejaron que conti- nuára la suprema autoridad en su familia Polifron mató á su hermano Polidoro para per- manecer solo en el dominio, que le fué arreba- tado pronto con la vida por Alejandro. Ya hemos visto cómo contuvo Pelópidas á este feroz tira- no, el cual valiéndose de una traicion, hizo prisionero al general espartano. Tebe, mujer de Alejandro, dijo entónces á Pelópidas: *¿Cuánto compadezco á tu mujer!* y él contestó: *Tambien yo á tí que no siendo prisionera, vives con Ale- jandro.* Tales palabras no fueron inútiles, por- que poco tiempo despues mató Tebe á su marido, conjurada con Pitolao y Licofron, sus cuñados, que ocuparon el poder é imitaron su tirania.

Cansados de esta, los Aleuadas pidieron contra los usurpadores el auxilio de Filipo de Mac- edonia, el cual se prestó de bonísima gana á intervenir como libertador allí donde aspiraba á ser dueño; aproximándose con tal conquista á la Grecia, al propio tiempo que aumentaba sus rentas y fuerzas. Expulsó, pues, á los tiranos de Fères; y los Tesalios, mas agradecidos que cau- tos, le cedieron las rentas de las ferias y de las ciudades comerciales, y el uso de sus arsenales y puertos. Onemarco, jefe de los Focidenses en la guerra sagrada, habia auxiliado á los tiranos; lo que dió á Filipo motivo ó pretexto para rom- per con él; y habiéndolo derrotado completa- mente, se hizo señor de la Tesalia, puso guar- nicion en las tres plazas principales de esta, y la redujo finalmente á provincia macedonia. En- tónces á la táctica de Epaminondas unió la po- lítica de Jason y continuó los planes de este, que consistian en hacerse fuerte por las armas, dominar á la Grecia y amenazar al Oriente.

¡Ay de la libertad bajo el mando de un con- quistador! Filipo, empuñando con robusta mano las riendas del gobierno de Macedonia, la in- clinó al despotismo; de entre la nobleza eligió una guardia (θοροφόροι), que era su corte armada dentro del país, y sus rehenes para cuando sa-

(1) Plutarco, *Preceptos para administrar la república.*  
(2) Ateneo.